

SEGUNDO FORO DE LA CIUDADANIA
POR LA TOLERANCIA Y LA NO DISCRIMINACION

Intervención de Claudio di Girolamo

Concepción, 18 de abril de 1996

Me voy a presentar: soy un inmigrante.

Soy alguien que debió salir de su tierra por problemas de pobreza, para buscar nuevos horizontes. Alguien que tuvo que dejar sus raíces para echar otras en otro Continente.

Si hoy me permito hablar aquí, es porque llevo cuarenta y ocho largos años en este país que, a estas alturas, llego a sentir más mío que muchos de los más jóvenes de entre ustedes porque ellos nacieron en un Chile conmigo adentro... Por eso les pido que me soporten.

Pienso que los chilenos somos, ¿ven? me atrevo a decir “somos”, los campeones del diagnóstico; nos encanta diagnosticar y, cuanto más trágico sea el resultado, mejor.

Durante la dictadura, cuando estábamos muy agobiados, cantábamos “Gracias a la Vida” o “La Canción de la Alegría”; esas melodías nos ayudaban entonces a soñar con la libertad. Hoy, sin embargo, pareciera que los chilenos no tenemos lugar para los sueños.

Soy un convencido que para vivir y con-vivir con otros hay que compartir con ellos los sueños de todos. Es por eso que hoy, aquí, más que hacer otro diagnóstico tremendista, quisiera convidarlos a soñar.

Considero que un País no lo hace un territorio, un Himno Patrio, una Bandera, ni siquiera una Historia común, muchas veces obligada o manipulada por historiadores inescrupulosos. Creo que un País no puede simplemente aceptar la coexistencia de distintos seres humanos dentro de su territorio, sino que debe ser capaz de lograr su convivencia.

Tenemos que vivir juntos, no co-existir, y eso conlleva un gran desafío porque vivir juntos significa algo muy complejo que, les confieso, comencé a entender aquí, en Chile.

Yo venía de una guerra, del fascismo y del nazismo, de la negación de las discrepancias y de las diferencias. Es por eso que cuando algún amigo europeo me preguntaba: “¿Como es, como definirías tú a Chile?” yo, espontáneamente, le contestaba:

“Es un país TOLERANTE”.

Sin embargo, hoy día, vivimos en la INTOLERANCIA.

Cuando yo llegué a Chile, hace tantos años, este era un país solidario. Si la dictadura tuvo algún éxito, fue en algo que Pinochet dijo en una ocasión y de lo que muchos de nosotros nos reímos como tontos, pero que, en definitiva, significaba algo tremendamente desquiciante.

El dijo: “Yo no estoy en contra de las ideas; ustedes piensen lo que quieran, pero piénsenlo solos.”

Resulta que yo, por lo menos, no sé “pensar solo”; sin los otros no puedo pensar ni crecer como persona.

Lo que entonces, en el fondo, nos estaba proponiendo el General, era que nos encerráramos cada uno en sí mismo y que con eso atomizáramos la sociedad. Desgraciadamente, creo que en buena medida lo ha logrado.

Nosotros, hoy, somos intolerantes con la diversidad.

Me parece muy bien que hayan aplaudido tanto a Huilcamán, pero yo les preguntaría: “ ¿A la empleada mapuche que está en la casa, la aplauden o no? ¿Le pagan el salario justo? ¿Tiene un lugar digno en vuestra casa o, si quiere pololear, debe salir a la puerta porque no tiene un lugar para ella?. Y cuando se trata de los impuestos, ¿No digo acaso que no los pagué porque...”total, se lo roban todo”?.

Si creemos en la solidaridad, debemos considerarla como algo que hay que practicar con todos, todos los días...

Hace tiempo, salió en un diario un artículo muy decidor, en el que se definía la solidaridad como algo muy individual y se afirmaba que nadie puede obligar a nadie a ser solidario, refiriéndose a la solidaridad social. Decía textualmente ese señor, seguramente muy buena persona, que él era muy solidario con la nana de sus hijos, que le pagaba el salario justo, etc. etc., pero que él quería tener la libertad de ser solidario con aquellos con quienes quería serlo.

Esto que parece un chiste cruel, desgraciadamente no lo es; hay muchos de entre nosotros que piensan lo mismo.

Es que nosotros nos olvidamos de que la “pobreza”, así, en abstracto, no existe. Existen los pobres, con vidas, recuerdos, con deseos, proyectos y sueños. Sí, sobre todo con sueños. ¿Donde está escrito que los pobres no pueden soñar?

Tal vez nosotros creemos que si se logra transpasar la línea que delimita lo indispensable para adquirir la “canasta familiar, quiere decir que uno está bien, que al sujeto que llamamos pobre lo podemos borrar del lado de la miseria y lo podemos colocar al lado de los “otros”; y con eso volver a dormir muy tranquilos.

Nos olvidamos que no se **es** pobre, se **está** pobre. El “ser pobre” es algo circunstancial. No nos damos cuenta que al decir que ésta o aquella persona es pobre, acallamos nuestras conciencias, porque es como decir que aquel tipo es rubio, alto, flaco, gordo y que, como todo eso, lo de “ser pobre” depende de algo casi congénito, de una enfermedad adquirida antes de nacer.

Nació pobre y va a seguir siendo pobre toda su vida. Entonces me sentiré muy bien dándole una limosna o, si tengo más plata, haciéndole un cheque en la iglesia o donde sea.

Son cosas muy buenas, no lo discuto; pero, ¡cuidado!, si al pobre no lo veo y lo respeto como persona, no puedo entender que, al igual que yo, es parte del país, de la comunidad, de la sociedad...

Hace muchísimos años, corría el año '53, en Santiago hubo una gran inundación que afectó de manera desastrosa las poblaciones marginales. Algunos profesores y alumnos de la Universidad Católica, con Mariano Puga al frente, entonces alumno de la Escuela de Arquitectura y hoy sacerdote y párroco de la población La Legua, fuimos al Zanjón de la Aguada, un lugar donde, en aquel entonces, estaba el basural de Santiago y que bautizamos como población San Manuel. Allí “vivían”, si así se puede decir, 150 familias en condiciones decididamente infra humanas.

Allí tuve la experiencia, a lo mejor por primera vez en mi vida, de mirar de verdad un pobre a la cara. Como lo digo todas las veces que me toca recordarlo, y perdonen si lo digo de manera un

poco fuerte, esa mirada “me cagó la vida para siempre”.

No me puedo olvidar de esos ojos, de ese rostro; no me puedo olvidar de esa vida.

Sigo con esa anécdota: cuando llegamos allí era tiempo de elecciones. Los dirigentes poblacionales juntaron a toda su gente y les dijeron: “miren, seguro que estos pijes de mierda vienen aquí en busca de votos; entonces aprovechémonos de ellos, díganle que sí a todo, que vacíen sus bolsillos y nos den lo que necesitamos. Total después de las elecciones se van a ir, así que aprovechemos la ocasión”.

Esto nos lo contó un dirigente, después de tres o cuatro años que seguíamos con ellos, y añadió: “pero, pasaron las elecciones, vinieron las presidenciales, vinieron otras elecciones y ustedes siguen aquí, con nosotros... entonces nos hemos dado cuenta que, no sabemos por qué mierda, pero ustedes nos quieren a nosotros”.

Creo que ese fue el regalo mas grande que recibí en toda mi vida. En aquel momento entendí algo muy simple y asombroso; que, para superar la pobreza, **hay que querer al pobre**. Está muy bien tenerle estimación, ayudarlo, dignificarlo, pero, por sobre todo, hay que aprender a quererlo.

A veces resulta difícil, porque tampoco es cierto que el pobre, por el sólo hecho de serlo, sea un santo. Es alguien, una persona igual a nosotros, con sus virtudes y defectos; pero tiene algo que lo distingue y en lo que, creo, nos gana lejos.

Él, por su propia experiencia de vida, conoce las verdaderas necesidades y no las confunde con las “otras”, que la sociedad de consumo nos embute todos los días.

Pienso y sueño una sociedad en la cual la experiencia de la pobreza podamos vivirla todos. Entendámonos, por favor; no estoy hablando aquí de la miseria ni de la extrema pobreza; me refiero a poder sentir en nuestro cuerpo y alma esas necesidades vitales, de experimentar la necesidad del otro, de entender que, solos, no podemos pensar ni mucho menos construir una patria para todos.

Ya lo dije antes: la patria no es la bandera, no es el himno patrio, a veces hermoso y a veces feo, no es lo que la historia de otros me indica. La patria la construyen mis relaciones con los otros, acogiendo su diversidad con apertura y aceptando sin restricción el derecho a expresar las propias convicciones.

Por eso me molesta cuando alguien insiste en que hay que **defender** los derechos humanos, porque eso sólo no basta. Hace falta que emprendamos acciones concretas para **promoverlos**.

Hoy estamos tan mal en todo el mundo que debemos defenderlos, pero una sociedad justa y sana es aquélla en que los derechos fundamentales de las personas se promueven en la familia, en la escuela, desde el primer momento de la socialización del niño.

Estoy de acuerdo con Huilcamán en que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, que somos dignos de ser queridos y respetados... aunque no seamos precisamente ni santos ni genios.

Tengo 67 años y me da lo mismo que alguien piense que soy un viejo engreído y medio chocho cuando les confieso que, a veces, me he sentido importante porque algunas de las obras de pintura que he hecho me van a sobrevivir.

Pero debo agregarles que de inmediato me asalta la pregunta: “pero, ¿cuánto me van a sobrevivir?” y que la respuesta que le sigue es siempre la misma “durarán lo que dure esta pelotita que da vueltas por el universo”.

A ese propósito, me llegó mucho lo que, hace tiempo, dijo un científico al referirse a la tierra como “esa pequeña astronave que vaga por el espacio, en el borde del universo, con nosotros como tripulantes”...

Las obras, todas nuestras obras, las mías, las de ustedes, podrán durar solamente lo que dure “esta pequeña astronave” hasta que se le acabe el combustible; pero sí me queda la certeza de que el amor que pusimos en algunas obras, en algunos actos de nuestra vida, no se va a acabar nunca, porque es de esos que nacen de la pertenencia recíproca, de la necesidad de

dar y recibir.

Por eso, al terminar, les pido que amen a **su tierra**; no digan mas: **este** país, sino: **mi país**.

No digan mas: **esta** sociedad de mierda; digan mas bien: puede que así sea, pero es **mi** sociedad.

No digan más: este tipo es raro; digan: lo respeto en su diversidad.

No digan mas: no me gusta su color político, el color de sus ojos, el color de su pensamiento; mejor reflexionemos de una vez en que estamos aquí para construir juntos una sociedad mejor y que todos somos co-responsables e indispensables en esa construcción.

Creo que mi país (de nuevo me atrevo a decir **mi** país) nos necesita a todos y que si yo no respondo al llamado de mi país dejo un lugar vacío, que nadie puede ocupar por mí y eso significa que, en el fondo, yo pertenezco tal vez a **este** país, pero no a **mi** país.

Les pido, por último, que reflexionen más en eso que en los datos, en las estadísticas o en las encuestas. Les pido que nos atrevamos a ser capaces de abrazarnos todos en un gran abrazo colectivo y de proclamar juntos:

“Algunos parecidos, otros diferentes, todos somos aquellos que hacemos, juntos, este “ **nuestro, mi país**”.

Muchas gracias.